

Título de la ponencia: *De genealogías, rupturas y excepcionalidades: el campo de la llamada Historia Reciente en Argentina.*

Andrea Andújar y Débora D'Antonio

Datos de Andrea Andújar:

Institución: Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género/UBA

Situación de revista: Licenciada en Historia, investigadora del IIEGE

Correo electrónico: andreaandujar@gmail.com;

Datos de Débora D'Antonio:

Institución: Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género/UBA

Situación de revista: Profesora de Historia, investigadora del IIEGE

Correo electrónico: deboradantonio@fibertel.com.ar

I. Introducción:

En el último lustro, un grupo de historiadores e historiadoras nacidos en tiempos cercanos a la última dictadura militar, ha enfocado sus investigaciones en el proceso histórico, político y social argentino transcurrido fundamentalmente desde las conflictivas décadas de los años '60 y '70 hasta la actualidad. En términos generales, estas pesquisas se han centrado en un conjunto de problemáticas entre las cuales priman la violencia política de las organizaciones armadas, la violencia estatal y la paraestatal, las desapariciones forzadas de personas, los campos clandestinos de detención, los/as presos/as, los/as exiliados/as, así como los significados atribuidos a cada uno de estos actores y tópicos.

Asimismo, en estas indagaciones, la memoria en tanto fuente ha adquirido un papel protagónico. Las preguntas en torno al proceso de construcción de los recuerdos, sus diversos anclajes, el alcance de los distintos tipos de olvidos, silencios y silenciamientos, la construcción del testimonio y el proceso de sollicitación, entre otras cuestiones, han despertado consecuentemente un variado y rico conjunto de reflexiones. Estas han ido de la mano del creciente uso de la historia oral como metodología de investigación, lo cual ha conducido a examinar –aunque con menos intensidad- los vínculos del historiador con el testigo, por una parte, y el lugar del testimonio en las interpretaciones históricas, por la otra.

En muchos de estos estudios se abordaron además, cuestiones referidas al compromiso del historiador con su medio, las demandas sociales sobre la construcción de su saber, los niveles de interacción entre esa construcción de tintes académicos y sus intervenciones políticas.

Pero todo ello ha sido postulado como falto de genealogías. Incluso se ha propuesto un nuevo campo, el de la “historia reciente”, como el propicio para encuadrar los nuevos sentidos y prácticas del quehacer historiográfico y la recuperación de un tiempo pretérito cercano cuya indagación bien puede ser a partir de allí reglada y legitimada.

Ahora bien: es innegable que la Historia, en tanto disciplina, ha llegado con cierto retraso a abordar el período recientemente pasado -sobre todo en la Universidad de Buenos Aires y en comparación con la temprana atención dispensada por la Sociología o las Ciencias Políticas, por ejemplo-. Las razones de tal demora pueden

buscarse tanto en las especificidades epistemológicas propias de la labor historiográfica como en los sentidos que, desde los albores del último período democrático, se fueron construyendo e imponiendo respecto del saber histórico profesional. Tales sentidos negaban que el pasado reciente constituyera un objeto de estudio legítimo para los historiadores. Será uno de los objetivos de este texto, por tanto, dar cuenta de los puntos de partida y los anclajes vinculados a la profesionalización de la Historia entre la década de 1980 y 1990 a fin de explicar parcialmente las razones de este abordaje tardío.

Sin embargo, también debemos señalar que otro grupo de historiadores, formados bajo la última dictadura o en el exilio, resistió la “normativa” que pretendía excluir este período de la tarea historiográfica, anticipando los abordajes y problemáticas que los investigadores que nombrábamos al comienzo ahora quieren instaurar como novel campo historiográfico. Esta última pretensión, que se reclama inaugural, niega o invisibiliza esa tradición historiográfica previa. Consecuentemente, se evita reflexionar sobre las continuidades y rupturas entre diversos abordajes o los aportes que nutren la composición de una tradición historiográfica.

Ante ello nos proponemos, como segundo objetivo de este trabajo, polemizar con quienes se presentan como iniciadores de la “Historia Reciente”, y trazar algunos de los nexos y cesuras entre estos y aquellos que configuraron parte de la tradición historiográfica previa, interesadas asimismo en delinear ciertas ausencias en ambos.

II. De historiadores y profesiones:

Comenzaremos entonces por bosquejar ciertos elementos que habrían determinado la llegada tardía de la Historia a la investigación del pasado reciente y que pueden rastrearse en las definiciones que fueron imponiéndose en torno a la profesionalización de la Historia. También presentaremos algunas de las “voces disonantes” que resistieron tales definiciones.

Durante los primeros años de la transición democrática comenzaron a establecerse en la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA una serie de normas atinentes a reglar el quehacer disciplinar, estimulando asimismo una fuerte escisión entre éste y toda praxis política. Particularmente, fue un grupo de historiadores que en tiempos de la última dictadura militar se habían nucleado en torno a espacios tales como el Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración

(CISEA), quienes articularon un conjunto de reglas de juego no del todo claras, donde se afincaron los cánones del “oficio”. Estas referían a un orden metodológico, teórico y epistemológico que culminaría con el deslinde de la “correcta elección” de los objetos de estudio. Por ejemplo, desde un punto de vista teórico, se opuso al concepto de clase, propio del paradigma del materialismo histórico -legítimo para vastos sectores de la comunidad académica y no solamente para los defensores del marxismo- el de sectores populares, una noción que pretendía dar cuenta de las subjetividades, las prácticas “asociacionistas”, culturales y políticas de los trabajadores entendidos por fuera de sus vínculos con los medios de producción, su experiencia de clase concreta o su conciencia.

Asimismo, en cuanto a qué estudiar, los problemas fueron delimitados a los orígenes y ulterior desarrollo del estado y la nación, y los procesos económicos, sociales y culturales que atravesaron ese período, negando que lo sucedido en la segunda mitad del siglo XX pudiera ser considerado como parte de la Historia. Esta perspectiva, que terminó dominando los sentidos de la “profesionalización” de la Historia, se sustentó en un posicionamiento político cuya apuesta fue la de construir un futuro ilusionado en las instituciones democráticas y académicas, silenciando, por una parte, toda crítica a los variados lineamientos que encausaban la “primavera alfonsinista”. Por la otra, se propugnaba dejar a un lado de una vez y para siempre la visceral relación entre Historia y Política planteada en los años '60 y '70.¹ A tal extremo llegó la intencionalidad de escindir una práctica de la otra y la negativa a abordar lo sucedido en los años posteriores a los inicios de 1960, que incluso uno de los principales impulsores de esta clase de profesionalización, el profesor Luis Alberto Romero, llegó a proponer que las posibilidades analítico-interpretativas de la Historia no debían traspasar mucho más allá de la década de 1940. Así lo expresaba en el año 1996 al afirmar en una nota de opinión publicada en el diario *Clarín* que “La historia termina hace cincuenta años; lo que sigue es política. La historia debe atenerse a los hechos, a lo realmente ocurrido; lo demás es filosofía”.²

Sin embargo, frente a ese devenir de lo que nos animamos a denominar la “anti política”, hubo un grupo pequeño pero dinámico de historiadores e historiadoras y de

¹ Cfr, por ejemplo el debate que originó el texto de Ema, Cibotti. “El aporte en la historiografía argentina de una generación ausente, 1983 - 1993” en: *Entrepasados. Revista de Historia*, Año III, N° 4/5, fines de 1993.

² “Para qué sirve la historia”, *Clarín*, 11 de octubre de 1996.

estudiantes ingresados a la carrera hacia fines de 1983 que resistieron tales reglas y centraron sus investigaciones en el proceso histórico que se había iniciado en la compleja década de los años cincuenta. El objetivo era desentrañar qué había ocurrido en los convulsionados quince o veinte años posteriores, qué circunstancias de larga o “breve” duración habían conducido y rodeado el golpe del 24 de marzo de 1976, quiénes habían sido las víctimas de un terrorismo de estado que rápidamente fue situado por el *establishment* político de la recuperada democracia, sobre todo por sus intelectuales orgánicos, como un “demonio” más feroz –los militares- que había combatido sanguinariamente contra un “demonio” un poco menos cruel –los “subversivos”-, del cual poco y nada se decía a excepción de su desaparición en los campos de exterminio.

Así, poco a poco, entre mediados y fines de los '80, fueron apareciendo en las agendas de discusión temas como la violencia estatal y/o la de las organizaciones político armadas de izquierda y peronistas, las diversas formas y ámbitos de militancia, los vínculos entre esa militancia y los niveles de organización de la clase obrera, el significado, las causas y los sectores sociales que apoyaron el golpe de 1976 y/o que se vieron beneficiados por él, la experiencia de la resistencia de los y las trabajadoras ante la represión estatal y la transición democrática, entre otros problemas.

Empero, ante la ansiedad de abordar estos temas se contraponían obstáculos de diverso tipo. Algunos tenían que ver con la rigidez de los claustros académicos en los cuales se iba imponiendo una concepción contraria a investigar un pasado tan cercano. Otros, con el hallazgo de herramientas metodológicas que permitieran aproximarse a ese pasado. Entre esas herramientas, la historia oral comenzaba a vislumbrarse como una de las más estimulantes. De tal modo, buena parte de las fuentes de esas historias, en particular la memoria de sus protagonistas, se tornaron centrales para el escudriñamiento del pasado. Pero volver a la memoria una herramienta analítica implicaba franquear múltiples impugnaciones de índole positivista. Por esos años, se le negaba a la memoria el estatus “científico” que las fuentes documentales escritas poseían. La fuente oral no era una “prueba” confiable ya que no podía aportar datos ciertos sobre el pasado. A su vez, cuestiones tales como las percepciones, representaciones, transmisiones de experiencia, etc., que los protagonistas podían aportar no poseían, como sí lo tienen ahora, interés analítico. Parte de esa falta de confianza o incredulidad se asentaba en considerar el olvido como una falla de la

memoria y como un instrumento susceptible de ser manipulado tanto por el testimoniante como por el investigador.

Sin embargo, se desoyeron estas “máximas”, motivo por el cual se fueron articulando talleres de historia oral o, incluso con una perspectiva absolutamente contraria a lo que se debatía en tales talleres, se desarrolló el Programa de Historia Oral en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.³ Así, poco a poco, a través de las sugerentes y desafiantes reflexiones de Luisa Passerini, P. Joutard, David Moss, Alessandro Portelli, Daniel Bertaux, Carlos Santamarina, Franco Ferrarotti o las compilaciones del Instituto Mora de la UNAM, se fueron modelando un conjunto de ideas sobre la historia oral, la memoria, el olvido, el silencio, las formas de abordar, utilizar y contraponer esta fuente con otro tipo de relatos.

En buena medida estos debates se dieron cita en libros, revistas, congresos y simposios, conduciendo asimismo a recuperar y repensar controversias “setentistas” tales como el rol del intelectual en la sociedad o las posibilidades de construir un saber disciplinar comprometido políticamente con los sectores sociales oprimidos. Así, interesaba indagar sobre lo que había pasado durante la dictadura con los trabajadores, lo cual condujo a ir más atrás en el tiempo y en la reconstrucción de las experiencias de esa clase social.⁴ Preguntarse por las personas desaparecidas inducía a buscarlas en su pasado militante, en sus vínculos cotidianos, conducía a “reaparecerlas” en la interpretación histórica. En ocasiones, las ilusiones y las esperanzas cifradas en hacer esta clase de Historia iban más allá, al procurarla como herramienta que coadyuvara a revertir la derrota de los proyectos revolucionarios emprendidos en los ‘70 (incluso cuando la palabra “derrota” era dolorosa y difícilmente pronunciable para quienes participaban de esas exploraciones) o al menos, que estuviera a la altura de colaborar

³ Para quienes constituyeron el Programa de Historia Oral en la Facultad de Filosofía y Letras, programa que estuvo bajo la dirección de Dora Schwarzstein desde su fundación hasta el año 2002, la experiencia cognitiva desarrollada en los talleres fue calificada de populista y empirista. Ello se debía a que en tales talleres el abordaje oral se centraba en la recolección de testimonios de personas pertenecientes a la clase obrera y otros sectores subalternos que habían formado parte de las experiencias de sindicalismo alternativo durante las décadas de los ‘60 y ‘70, así como de los y las sobrevivientes de las experiencias de lucha armada y de organizaciones de izquierda durante la década de 1970. Justamente, lo que se ponía en duda en ocasiones y se impugnaba en otras, era si los “recuerdos” de ambos sujetos políticos podía ser considerados propicios para la investigación histórica. Para un debate sobre esta problemática ver: Schwarzstein, Dora, “La Historia Oral en América Latina”, en: *Historia y Fuente Oral. Por una historia sin adjetivos*. Año 1995, Nro. 14. Barcelona; Pozzi, Pablo y Salas, Ernesto, “Taller de Historia Oral: ¿Historia para qué?”. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1989.

⁴ Se traían a la mesa de la discusión las obras de Oscar Anzorena, Juan Carlos Marín, Alvaro Abós, Juan Carlos Torre, Elizabeth Jelin, Mónica Gordillo, Iris Marta Roldán, Claudia Hilb y Daniel Lutsky, María Matilde Ollier, Richard Gillespie, y tantos otros y otras investigadoras que procuraban volver inteligible el devenir histórico cercano.

en la recomposición de los tejidos sociales de solidaridad que los años del terror del Estado habían quebrantado.

Este proceso llevó a trazar intercambios y puntos de encuentro con otros investigadores/as que en otras regiones del país, estaban atravesados por interrogantes similares y atraídos/as por análogas urgencias analíticas y políticas. Fue así como se tejieron lazos con historiadores y estudiantes de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Rosario, de Córdoba o de Trelew, entre otras. Uno de los espacios de estudio que surgió a partir de estos vínculos fue, hacia fines de los '80 y comienzos de los '90, el Centro de Estudios de Historia Obrera (CEHO) creado por docentes y estudiantes de la carrera de Historia de la UBA y de la Facultad de Humanidades de Rosario.⁵

Las ideas y finalidades que atravesaban este quehacer historiográfico se vertebraban, a su vez, con una práctica que excedía las paredes de los claustros académicos. Tentados/as por las desafiantes reflexiones de Eric Hobsbawm sobre la “historia desde abajo” o por el rico debate que se podía hallar en escritos de Perry Anderson y E. P. Thompson en torno al concepto de clase social y de experiencia, y a su vez convencidos/as de que era en las experiencias de vida, de organización y de confrontación de los sectores subalternos así como las claves para remontar la derrota infringida por el Terrorismo de Estado a los proyectos de cambio radical, comenzaron a edificarse espacios de debate y articulación política con distintos sindicatos o listas gremiales contrarias a las direcciones burocráticas respectivas, y con organizaciones barriales de diverso tipo. Con algunas de estas últimas, incluso, se hicieron programas radiales que giraban en torno al relato histórico de algún acontecimiento relacionado con el devenir del propio barrio o que permitiera enlazar esa historia con un contexto

⁵ Fruto de esos intentos, preguntas y/o confluencias vieron la luz libros como *Oposición Obrera a la Dictadura*, de Pablo Pozzi, publicado en 1988 por primera vez; investigaciones como las de Alejandro Schneider y Rafael Bitrán sobre las coordinadoras de zona norte del Gran Buenos Aires entre los años 1974 y 1976; un profundo y documentado estudio de Rafael Bitrán sobre el Congreso Nacional de la Productividad de marzo de 1955; una reconstrucción profunda de la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre de 1959 en plena “Resistencia Peronista” encarada por Ernesto Salas y publicada por CEAL; las sendas de la huelga portuaria de 1966 escudriñada por Patricia Berrotarán; el devenir de los “Rosariazos” de 1969 acorde a las miradas de José Pérez y Cristina Viano; el “Trelewaso” de 1972 indagado por Mónica Gatica; los abordajes que en momentos casi contemporáneos aunque con perspectivas distintas –y más bien antagónicas- hicieron Cecilia Cangiano y Andrea Andújar sobre las huelgas metalúrgicas de 1974 y 1975 de Villa Constitución, precedidas ambas por una muy buena reconstrucción del historiador villense Jorge Rodríguez y por una ciclópea labor de hallazgo de fuentes realizado por Mercedes Balech.

más general.⁶ Y también fue así como por ejemplo, se armaron talleres de Historia dirigidos a debatir con trabajadores/as, tejiéndose lazos con la Unión Obrera Metalúrgica de Quilmes, o con los gremios docentes y ferroviarios de General San Martín, en la provincia de Buenos Aires. Estas acciones afianzaron aún más la confianza en la validez de las palabras de Antonio Gramsci que inspiraron a quienes participaban de esta exploración historiográfica. En efecto, se creía que tal como había sostenido el militante y teórico italiano “si el político es un historiador (no en el sentido de que hace historia sino que operando en el presente interpreta el pasado), el historiador es un político y en ese sentido (...) la historia es siempre contemporánea, es decir, política”.⁷ Desde estos lineamientos se organizaba la mirada sobre lo sucedido durante las décadas de los '60 y '70.

III. ¿Nuevos rumbos?

Como decíamos en el primer apartado, los estudios sobre este período desde el quehacer historiográfico han tenido lugar una interesante aceleración en los últimos cinco años. Dentro de tales estudios, se han desarrollado algunas intervenciones polémicas cuyo propósito ha sido inaugurar un campo histórico de debate, con sus propias reglas historiográficas y que delimita una genealogía de cientistas sociales en sus bases fundacionales. Tales intervenciones desconocen lo producido en los últimos veinte años por los y las historiadoras antes citados/as o, en el mejor de los casos, la descalifican bajo el rótulo de “historiografía militante”, nunca claramente definida en sus contenidos y alcances pero, en apariencias, suficientemente autojustificatoria para el casi constante “ninguneo” de las producciones precedentes. Cuando tal invisibilización pareciera dejarse de lado por un momento, empero, llama la atención que los únicos trabajos que se citan sean los de los historiadores Pablo Pozzi y de Alejandro Schneider.⁸ Un ejemplo de ello puede observarse en la reconstrucción historiográfica realizada por Marina Franco para la revista *Nuevo Topo*, donde sostiene que el estudio de Pablo Pozzi sobre el PRT-ERP carece de distancia con el objeto de

⁶ Tal fue la experiencia con una asociación barrial de Lanús, en el conurbano bonaerense, con la que se encaró una investigación y posterior programa sobre el “Lanusazo” de 1982.

⁷ Antonio Gramsci: *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 2, Ediciones Era, México, 1986.

⁸ Específicamente nos referimos al libro de Pablo Pozzi: *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP, la guerrilla marxista*, editado por EUDEBA en el año 2001 o *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976* del mismo historiador pero en colaboración con Alejandro Schneider, también editado por EUDEBA en el año 2000.

análisis, está escrito en una narrativa de tono épico y por contraposición con otras investigaciones, posee una mirada complaciente sobre el devenir de esta organización político armada.⁹ Más severa aún es la crítica que Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga han descargado contra Pozzi y Schneider argumentando cuestiones tales como insuficiencia de análisis en la vinculación de la izquierda con la clase obrera, escasa interpretación de los testimonios -cuando no manipulación de las reflexiones del/la entrevistado/a-, preeminencia del juicio de los dos historiadores sobre la explicación o la búsqueda de claves analíticas que pudieran dar cuenta del derrotero del proceso analizado y de los sujetos históricos involucrados en él. Finalmente, Oberti y Pittaluga concluyen que estos trabajos fracasaron en su proclamado intento de ser una alternativa válida al tipo de Historia que hegemonizó la “academia” desde el retorno de la democracia.¹⁰

Ahora bien: como hemos expuesto, esta historiografía fue mucho más prolífica que sólo los libros de los autores recién citados. Creemos en este sentido, que lo que está en juego en estas críticas es específicamente la toma de posición política sobre el pasado y desde allí, su reconstrucción historiográfica. Entonces, es a partir de este punto de vista donde se “confunde” empatía con ciertos anhelos y proyectos políticos de un sujeto histórico, con el hacer una historia carente de distancias o capacidades crítico interpretativas. De esta forma, se le atribuye a la historiografía militante el mote de poco “seria”. Sin embargo, se podría pensar que no hay sólo una forma de entender qué es la historiografía militante y que por el contrario, historiografía militante es la que hace por ejemplo un historiador tan prestigioso como el español Joseph Fontana, quien no se sonroja cuando declara que “a la tarea de recomponer (la) conciencia crítica, de devolver alguna esperanza y de reanimar la capacidad de acción colectiva hemos de contribuir todos. (...) Por desconcertados que nos sintamos sabemos que nuestra obligación es ayudar a que se mantenga viva la capacidad de las nuevas generaciones para razonar, preguntar y criticar mientras, entre todos, reconstruimos los programas para una nueva esperanza y evitamos (...) lo que paren de verdad sean nuestras posibilidades de cambiar el presente y construir un futuro mejor”.¹¹

⁹ Marina Franco: “Reflexiones sobre la historiografía argentina y la historia reciente de los años 70” en *Nuevo topo. Revista de historia y pensamiento crítico*. Buenos Aires, Nro. 1, septiembre/octubre de 2005, p 141-164.

¹⁰ Ver: Alejandra Oberti, Roberto Pittaluga: *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*. Ediciones El Cielo Por Asalto, Buenos Aires, 2006

¹¹ Joseph Fontana: *La Historia después del fin de la historia*. Crítica, Barcelona, 1992. p.144

Naturalmente la ya clásica escuela británica de los años cincuenta con historiadores de la talla de Eric Hobsbawm, Eduard Thompson, Christopher Hill, Rodney Hilton, entre otros, no puede ser tampoco sospechada de poca seriedad. Todos estos historiadores fueron activos militantes y defensores del comunismo y del Partido Comunista. Se podrían citar así otras individualidades y otros colectivos de trabajo que apostaron a redimensionar políticamente su profesionalismo, imbricándose con sus objetos de estudio, su metodología y sus conceptualizaciones, sin perder rigor alguno.

Por lo tanto, con sus errores o sus defectos o mejor dicho con sus balbuceos, la tradición historiográfica antes señalada: ¿no habrá abonado en más de un sentido al quehacer de la Historia que hoy se llama Reciente como un campo fértil de investigación?

Por otro lado y en otro orden de cosas, el de la multiplicidad y por tanto el acercamiento, ¿No debiéramos intentar trazar vínculos con las producciones locales regionales, que son amplias y variadas, de las que llegan de centros de investigación independientes, de las que promueven los investigadores solitarios y sin financiamiento, de lo que se problematiza en nuestro continente, lo que se piensa en Brasil, Chile, Uruguay, Colombia, Perú, Venezuela, por ejemplo? Este aspecto, justamente, será uno de los que desarrollaremos en el próximo apartado.

IV. De excepcionalidades, violencias y senderos:

Instar a pensar el campo de la “Historia Reciente” como inaugural, encuadrado en “nuevos sentidos y prácticas”, supondría dar por tierra con las sospechas en torno a que lo nuevo no es otra cosa que Historia. De esta forma, dotar de sentido a la propia práctica historiográfica se vuelve tan nodal como dar sentido a ese pasado, pero en un tipo de intervención simultánea donde la indagación facilita reglar y legitimar el quehacer historiográfico establecido en las academias, negando genealogías que pueden aportar más que restar.

Pero negadas las genealogías, cabe preguntarse por qué en los últimos cinco años este pasado reciente debe volver a ser mirado, desde dónde y cómo. Acorde a un trabajo de compilación de las historiadoras Marina Franco y Florencia Levín¹², la emergencia del campo en construcción se sostiene en la figura surgida de la historia de

¹² Marina Franco, Florencia Levín (comps.) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2007.

la historia reciente como “hija del dolor”, estipulando entonces que la primera imagen que se torna ineludible a partir de la –aparente- inusual experiencia de las últimas cuatro décadas es la del desgarramiento social. Se sentencia así no sólo la creación del campo de investigación de la “historia reciente”, sino también que la misma no es hija de otra cosa que del padecimiento social.

A nuestro juicio, esta mirada, que no solamente portan las autoras mencionadas, está básicamente emparentada con una visión europeísta surgida de los siniestros procesos tales como el fascismo o el nazismo y sobre todo de ese “indecible”: la “solución final”. Sin embargo, las marcas de referencia para la Argentina pueden ser muy otras. No implica ello negar la experiencia del *Lager*, es posible retenerla y revisitarla. Pero ¿por qué la Historia Reciente en la Argentina necesita emparentarse con la historia europea, cuando tantos genocidios han cruzado la historia de Latinoamérica, por lo menos desde que hemos sido colonizados? ¿Para parecernos?

Como sosteníamos anteriormente, creemos importante buscar nuestras huellas y especificidades regionales. El genocidio guatemalteco, las masacres de la población salvadoreña en distintos períodos del siglo XX, las revoluciones y rebeliones triunfantes y truncadas en distintos países de Latinoamérica, el Plan Cóndor de represión territorial, las guerras civiles, la emergencia de múltiples guerrillas urbanas y rurales, el neoliberalismo, los movimientos sociales que enfrentaron su implementación, la estructura corrupta del poder.... constituyen una enumeración bien minúscula del rico proceso histórico regional, pero ilustran a la vez, los múltiples escenarios en los que podemos posar un abordaje de este tipo.

Sin embargo, no es lo que se ha realizado hasta ahora. Más bien, el análisis ha recalado en los puntos estipulados por saberes y marcos analíticos de otras latitudes. Por ejemplo: visto con ojos europeos, América Latina aparece como un modelo deformado pero preciso. No es fascismo, no es totalitarismo, es dictadura, es dominación coercitiva. Ahora: ¿La emergencia de las dictaduras latinoamericanas es excepcional? Si es excepcional se marca una discontinuidad, una ruptura. Y aunque la experiencia de violencia de estado de la feroz última dictadura argentina ha sido única y de nuevo tipo por su magnitud, no fue sin embargo, excepcional. Sin ánimo de suavizar las políticas brutales del Terrorismo de Estado en Argentina y en Latinoamérica, consideramos que si se pone a las dictaduras en contexto, otras posibilidades interpretativas se nos presentan. La primera nos lleva a ver que donde se

postula la excepcionalidad, pueden hallarse más bien regularidades históricas en lo que refiere a las represiones estatales a los movimientos populares, sociales, a las clases subalternas, a los jóvenes, etc. En ese sentido, concebirlo como acontecimiento único abonaría en cierta medida al mito del “Nunca Más” que, surgido del potente Juicio a las Juntas Militares en nuestro país, deslizaba una suerte de “*nunca más*” a todo tipo de violencia, poniendo además en pie de igualdad la violencia de estado con la violencia de masas. Justamente, el magma imaginario surgido del Juicio a las Juntas no fue sólo contra la violencia de estado sino contra todo tipo de violencia social, de masas y política. E intentó dejar claro, a su vez, que el estado de derecho no permitiría y “ampararía” a la ciudadanía de “desórdenes” tales como los que habían tenido lugar en los años setenta en la Argentina.

Consecuentemente, si leemos el proceso dictatorial como una excepción a la regla, también lo es lo acontecido en los años setenta, pues constituiría un quiebre, una “desviación” de una “normal” trayectoria del devenir histórico social. De hecho, esta lectura es la que se desprende del citado libro de Hugo Vezzetti, donde argumenta que a partir de la dictadura militar, se produjo un derrumbe civilizatorio de un modelo previamente asignado a la construcción de una sociedad moderna, apolítica, laboriosa, corporativa. Vezzetti además, enfatiza la recomposición de la democracia “deseada” mediante el Juicio a las Juntas.¹³ Y ¿cuál habría sido esa normal trayectoria de la democracia moderna?, ¿La de un sistema democrático que ante todo fue impugnado por los propios sectores dominantes política y económicamente con golpes que adquirirían diversos formatos y objetivos desde 1930 en adelante? ¿La de una sociedad capitalista “ordenada” donde ningún sector social cuestionara los modelos de acumulación que se pretendían imponer desde otro lado que no fuera la institucionalización del conflicto?

Nosotras pensamos que como parte de un contexto ahondando en sus tramas y en sus protagonistas, bien podría permitírse nos pensar que la historia “reciente” más

¹³ Cfr. Hugo Vezzetti. *Pasado y presente: Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI Editores Argentina, México, 2002. También la Revista “Punto de Vista”, de la cual Vezzetti era parte y cuya fundación tuvo lugar en plena dictadura, tenía preocupaciones y anhelos en fundamentar la naciente democracia. Los intelectuales que ocupaban los lugares centrales de la academia estaban preocupados en los años de la transición, en darle de modo efectivo una argamasa legítima y un anclaje histórico al período que se abría en 1983, donde contrariamente y parafraseando al ex presidente Raúl Alfonsín “no se comía, no se educaba ni se curaba”. Allí, en ese contexto de producción, surgieron además, las “anodinas” ideas sobre la victimización del militante y de la sociedad misma.

que hija del dolor es hija del conflicto. Esto no implica negar las dictaduras, la falta de aire, la represión cultural, la incapacidad de construir y ejercer una hegemonía perdurable, los Estados terroristas. Pero pensar en términos de conflicto más que de dolor, reubicaría el agenciamiento de sus protagonistas, los proyectos en pugna, las prácticas políticas y sociales que construyeron los diversos colectivos, las redes que tejieron, sus nexos con el pasado inmediato y con el más lejano.

En esa senda, entonces, ¿no podríamos pensar una definición de historia recientemente pasada como la historia que se abre en la Argentina después del fin de la hegemonía peronista de mediados de los años cincuenta? Es útil este punto de corte ya que nos permite observar, en primer lugar, el devenir de una clase obrera que lucha y define, en algunos de sus sectores, un ala clasista y combativa; en segundo lugar, la transformación vivida por miles de mujeres que se incorporan masivamente a las universidades, al mercado de trabajo y a la política; en tercer lugar, el derrotero de una política que se hace guerrillera frente a un Perón que sigue ensayando el paternalismo, sin poder desarticular o manejar del todo una movilización política cada vez más creciente; nos permite observar el crecimiento de los anhelos, deseos y entusiasmos de una generación de jóvenes que intentaron crear un mundo mejor y sobre todo, algo aún escasamente explorado, nos permite visualizar la movilización persistente del pueblo común.

Empero, tal como Franco y Levín señalan, no es solamente un problema de cronologías, puntos de arranque y puntos de llegada.¹⁴ Es también un problema en cuanto a qué historia queremos construir. Para nosotras, se trata de una historia donde muchos de sus protagonistas aún nos pueden ofrecer su testimonio; donde buena parte de sus dichos pueden convertirse en prueba contra los delitos de estado –como ya hemos enunciado al comienzo– donde algunos de ellos aún son perseguidos por las fuerzas para policiales, policiales o militares, donde otros son parte de la clase política y otros se han convertido para bien o para mal en intelectuales orgánicos de los partidos del más variado espectro. Si esto es así ¿por qué pensar en una historia delimitada exclusivamente por la “derrota” del movimiento popular?, ¿por qué no ligar y resituar la intensidad de la movilización política y la organización popular a las necesidades de una clase política sedienta de readecuarse al ciclo de acumulación capitalista y harta de verse interpelada por una sociedad que en distintos grados

¹⁴ Marina Franco, Florencia Levín, op. cit.

compartía un ideario democrático? En definitiva, ¿por qué no hablar de una historia de luchas y resistencias, de experiencias vitales de las personas que fueron protagonistas en esos tiempos? ¿Por qué seguir abonando a una mirada donde no termina de ser del todo claro, quién ha sido responsable de la violencia instalada socialmente en los años sesenta y setenta en la Argentina? Sin embargo hoy, la crítica de buena parte de los historiadores de la “historia reciente” es sumamente virulenta hacia la forma de concebir la política por parte de los luchadores populares en los años setenta, exclusivamente cuestionada -y no decimos con ello que no haya que tener una mirada crítica-. Pero sí llama la atención dónde se ponen los acentos. Siendo más precisas: se pone el foco en la violencia de las organizaciones político-armadas cercenando sus vínculos con las movilizaciones recurrentes de los sectores subalternos a los que tampoco -como se ha señalado-, se les ha dedicado mucha atención en las actuales investigaciones.¹⁵

Según Lawrence Stone, el historiador británico, el objeto de la historia debería limitarse a “plantear las grandes preguntas del porqué” y no tanto a construir y abonar a juicios de valor sobre agencias políticas, sujetos y experiencias vitales. ¿El pasado es demasiado contingente? ¿Todo pudo haber ocurrido? ¿Qué regularidades y rupturas es lo que nos habilita a inaugurar, a dar por buena, otra tradición historiográfica? ¿Basta con declarar que se ha creado para que efectivamente se haya creado? En todo caso, las producciones actuales ¿no habrán proseguido una tradición más que haberlo creado? Y de ser así, ¿no sería mejor conocer y reconocer las continuidades con las producciones pasadas y desde allí, las rupturas, las inflexiones y por qué no, los aportes y las críticas? Justamente, entre tales continuidades y rupturas nos gustaría detenernos fugazmente en una que nos resulta central: el tratamiento de la violencia. En muchas de las actuales producciones, aunque esta preocupación es anterior también, la violencia se ha vuelto el tópico por excelencia. Sin embargo, no se trata de cualquier violencia, sino de la de las organizaciones políticas de izquierda y peronistas. Y no se trata de cualquier tratamiento sino de uno que, a nuestro juicio, ha quedado desgajado de historicidad.

¹⁵ Son escasísimos los trabajos, por ejemplo, que se dedican a interpretar las luchas obreras de los años '70 en la actualidad. Excepción de ello lo constituye el estudio de Federico Lorenz, *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*, Norma, Buenos Aires, 2007, que trata de la historia de los trabajadores navales de la Agrupación “José María Alessio”, integrada por militantes obreros en astilleros de Tigre.

La Historia Argentina registra fortísimos antecedentes de prácticas políticas donde la violencia contra la opresión de clase y, en ella, la del Estado, es constitutiva de la experiencia de lucha y resistencia de los sectores subalternos tanto como lo ha planteado el ejercicio del poder por parte de los sectores dominantes. Bastan unos pocos ejemplos como botón de muestra de las oposiciones a los cuales hacemos referencia e ilustran las distintas especificidades regionales y singularidades históricas: la autodefensa obrera en la “Semana Trágica”, la huelga de los obreros rurales patagónicos del año 1921, las primeras formaciones guerrilleras de los años treinta en el Chaco vinculadas al Partido Comunista, los “famosos caños” de la Resistencia Peronista, las expresiones armadas de Uturuncos, de los guevaristas del Ejército Guerrillero del Pueblo de Jorge Ricardo Masetti en Salta, el intento guerrillero de Taco Ralo, entre otros. Tal fue la importancia de esta clase de resistencia que una de estas experiencias, la de los trabajadores de los ingenios azucareros tucumanos, influyó en el giro hacia la lucha armada de uno de los máximos dirigentes de las formaciones guerrilleras dominantes de la década de 1970: El Ejército Revolucionario del Pueblo. Por tanto, la tan mentada “violencia setentista” tuvo profundos anclajes en la historia local popular y obrera, y no sólo en las referencias externas de la Revolución Cubana, la liberación de Argel o la experiencia vietnamita. Pero además tuvo profundos anclajes en el nivel de conflictividad local que las clases trabajadoras y otros sectores estaban encarando, más o menos articuladamente, contra las distintas dictaduras que irrumpían en escena casi sin cesar desde 1955 en adelante. Asimismo la violencia estatal y la paraestatal, las desapariciones forzadas de personas, los campos de detención clandestinos, los presos políticos, no fueron del todo una novedad de los años setenta y fue justamente ello lo que obligó a la reorganización y redefinición de la violencia popular. Estas acciones violentas de los sectores dominantes no tienen el carácter masivo de los años setenta, pero también anclan en una genealogía preexistente.

En definitiva: el carácter de excepción que cautivó la mirada de la sociedad y en ella de los divulgadores de la historia y de los científicos sociales, deja presentada una línea de ruptura falsamente democrática, que nos propone el dilema de diseccionar que por ejemplo, Julio López es un desaparecido de una historia que de reciente se ha transformado en coetánea. El historiador francés Marc Bloch, explicaba que “la incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del

presente”.¹⁶ ¿Qué sugiere esta mirada? Que podemos buscar la singularidad de lo sucedido en los revueltos años sesenta y setenta, pero evitar una excepcionalidad que, signada por la falta de historicidad, termina cosificando aquello que queremos comprender y aplanando nuestros propios deseos rebeldes en tanto historiadores e historiadoras.

V. De hombres y mujeres:

Un último aspecto que queremos dejar planteado y que nos distancia analíticamente de las actuales producciones de quienes quieren instituir este campo de la Historia, es la ausencia de una perspectiva que ya no es tan novedosa. Es el caso de la perspectiva de género, que luego de tener un lugar en las áreas y centros académicos de variadas universidades internacionales y nacionales, luego de formar parte de las preocupaciones del campo político con consecuencias tales como la ley de cupos, luego de haber sido puesta en interpelación con otras categorías como la de clase, etnia, hegemonía, ideología, e incluso la de memoria, sigue siendo negada en su aporte a la complejidad del escudriñamiento del pasado, de la comprensión de las prácticas y subjetividades de los actores sociales y políticos.¹⁷ ¿Cómo puede ser que quienes declaran la existencia de un campo en construcción, no habilitan, no les interesa, el aporte de una conceptualización que enriquece enormemente toda esta perspectiva? Nos produce cierto recelo que la “renovación” sólo transite por lo que el nuevo canon disciplinar determina, desconociendo e invisibilizando tradiciones diversas, tanto historiográficas como teóricas, que vienen sumando con plena legitimidad desde hace años al quehacer histórico.

Sería inspirador al menos, considerar la incorporación del planteo verdaderamente crítico de la teoría de género, que más que una nueva historia de las mujeres avanza radicalmente contra todas las tradiciones interpretativas puesto que diseña una *nueva* historia. Las propiedades subversivas de la historiografía feminista resuenan en una mirada “impugnadora” de todas las elaboraciones historiográficas anteriores, puesto que al ser dominadas exclusivamente por varones que crean y recrean la jerarquización sexual, imponen una epistemología parcial y débil que se construye

¹⁶ Bloch, Marc Introducción al estudio de la Historia, FCE, (Breviarios: 64), México 2001, p. 47.

¹⁷ A Excepción de la socióloga Elizabeth Jelin. Ver por ejemplo, *El género en las memorias*. Tomado de: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/JelinCap6.pdf>

naturalizando la opresión de género. Entonces, si la historiografía feminista encarna una alternativa, en tanto ahonda en un cuestionamiento intenso a toda científicidad preexistente vinculada a la Historia, la pretensión de “instalar” un nuevo campo historiográfico o, en su versión más realista, la “consolidación” del mismo, no puede soslayar hoy día que un renovado vínculo entre Historia y Política debe tomar conciencia crítica de sus propias condiciones de existencia. El lugar de lo “femenino”, así como de toda otra subjetividad “oprimida”, no puede estar ausente de la reinterpretación de la historia argentina reciente, pues sino seguiríamos reproduciendo el criterio de parcialidad masculina.

Llama la atención que esta renovación historiográfica no se vea interpelada por la sumisión al discurso hegemónico, insistiendo en el olvido de ciertos temas. La omisión de lo ya hecho por “otros”, también devalúa los sentidos transformadores de la acción política.

Quizás necesitemos recordar que el trabajo que todos hacemos no es individual sino colectivo, que no es solitario sino público, que se nutre de diversas tradiciones, que es deudor siempre de un pasado, de esfuerzos previos para interpelar e interpretar lo sucedido. Naturalmente cada uno se inscribe en la genealogía existente que desee, y esas decisiones se enmarcan en un contexto. Lo que no se puede hacer es desconocer, negar o desaparecer las escrituras y esfuerzos pasados con el horizonte de poder hallar un “fondo de verdad” –sean de la índole y del valor, siempre subjetivo, que sean-. Persistir en esta negación involucra también cuestiones del orden de la ética humana y no sólo profesional ya que ninguno de los que hacemos este tipo de Historia pretendemos divorciar nuestro quehacer científico de nuestra intervención política. En nuestra propia escritura de la Historia recreamos la política retomando esos ideales en los cuales las tradiciones previas son recuperadas, aún para ser debatidas, y tal vez superadas pero no invisibilizadas.

No pretendemos desconocer, las reglas del oficio en tanto historiadoras, aunque estemos permanentemente querellando con sus regulaciones. Esto no nos obliga a posicionarnos acriticamente respecto de nuestro propio pasado como sociedad, así como tampoco respecto de las praxis de la generación denominada como “setentista”. Pero tampoco nos exige negar la empatía con la belleza que expresó la política de intentar cambiarlo todo en esos años. Ciertamente sabemos que no hay posibilidad histórica de “repetición sin diferencia” de esas experiencias. Pero claramente somos hacedoras de sueños similares y no nos negamos a la posibilidad ni a

la apuesta de seguir intentando cambiarlo “todo”. La Historia nos sirve para eso y para trazar puentes con todos/as aquellos/as que comparten la pasión por ese pasado, aún cuando sea desde posiciones políticas diferentes.